

La pregunta sobre D*s y la cotidianidad como categoría teológica

Magdalena de Bingen

La condición de las religiosas, mujeres, ante la cotidianidad: una breve mirada crítica.

A menudo, bajo capa de condescendiente valoración, las mujeres somos acusadas de estrechez de miras respecto a la realidad y respecto a la propia experiencia religiosa y espiritual. Llamo valoración sesgada y condescendiente a las apreciaciones que alaban en las mujeres una peculiar sensibilidad religiosa, su capacidad para la oración y la vida contemplativa, su predisposición a entrar en relación con la Divinidad. Tras ella se esconde la descalificación y el desprecio. Todavía, no nos engañemos, la objetividad es más valorada que la subjetividad, asociadas, respectivamente, al género masculino y al femenino. Todavía se cree en esa supuesta esencia de lo femenino que parece capacitar *cuasi* genéticamente a las mujeres para todo lo emocional y difícilmente apresable desde fuera. Lógicamente, esta percepción (de la que solo estoy dando una pequeñísima pincelada, a modo de ejemplo) tiene su correlato práctico. La sensibilidad religiosa se suele traducir en pasividad y sospecha de bienintencionada capacidad “inventiva” acerca de lo religioso y lo divino. Por no se sabe muy bien qué cauces, se llega a traducir esta misma “predisposición sensible” en capacidad para la empatía, el cuidado, las relaciones... A la vez, claro está, que se predica un “exceso” que afecta a todo ello, es decir, a la empatía (traducida en susceptibilidad), al cuidado (traducido en obligación identitaria de cuidar) y a las relaciones (traducidas en dificultad para la vida en grupo, en comunidad o en la estructura institucional). Y resulta curioso que estas atribuciones acaben en acusaciones directas y explícitas de actitudes contrarias a este supuesto “reblandecimiento” que las mujeres padecemos “por defecto”, como son la dureza de las leyes que nos imponemos (por no citar las que nos son impuestas), el control que ejercemos las unas sobre las otras dentro de nuestros grupos e instituciones (especialmente cuando se refieren al cumplimiento y la observancia de las diferentes leyes, impuestas desde fuera o autoimpuestas), y una severa y preocupante falta de libertad. La acusación bajo formas suaves, y revestida de falsa alabanza hacia supuestas virtudes de nuestro sexo, ha sido y continúa siendo venenosa y destructiva.

Esta acusación proviene, desde luego, del patriarcado exterior, concretamente de las religiones históricas, entre las que se cuenta la cristiana. Las religiosas hemos sido blanco perfecto y muestra significativa para quienes de un modo más o menos sibilino han intentado descalificar, continuamente, la experiencia espiritual femenina, por un lado, y su importancia teológica, por otro. Descalificando la dimensión interior, descalifican, por la misma lógica, la práctica externa. Si cuanto hacemos es positivo, se debe a esa predisposición “femenina”, y si no lo es, se debe a una traición identitaria. Las religiosas hemos sido “acusadas” de ser “doblemente mujeres” (en sentido peyorativo, que implica una previa minusvaloración de lo femenino) por los mismos que descalificaban lo obvio de dicha condición. Las religiosas hemos sido y seguimos

siendo menos mujeres que ninguna mujer y doblemente mujeres. Una y otra apreciación son, obviamente, negativas para el concepto “mujer”. Si las amas de casa han sido una buena muestra de las perversiones del patriarcado, las religiosas lo han sido y lo siguen siendo mucho más. Las amas de casa, a fin de cuentas, suelen vivir una sexualidad explícita y acorde con los estereotipos sociales y, en muchos casos, son también madres. Las religiosas no ejercen la sexualidad como el patriarcado espera de cualquier mujer, ni son madres biológicas y, cada vez menos, subrogadas. ¿En qué sentido, por tanto, son consideradas “doblemente mujeres”, si no es en el de su identidad de sujeto, ya sea por adaptación al estereotipo o por desadaptación a él? Todas las taras de lo femenino han ido a parar al basurero de la identidad de las religiosas. No puedo menos que preguntarme: ¿qué pasa aquí?

Una de las posibles respuestas se encuentra en la percepción exterior de la relación entre este tipo de mujeres y la cotidianidad. Por decirlo rápidamente, las religiosas son valoradas y acusadas, a la vez, de ser la reserva conservadora de elementos de lo femenino muy queridos al patriarcado, una reserva que se envuelve en el papel de celofán de una supuesta espiritualidad débil y en el rol de servidoras de los varones y vigilantes controladoras de las mujeres. Con semejante papel, ningún patriarcado que se precie podría renunciar a esta especie...

Es imposible negar la parte de verdad que muestra este retrato. Desgraciadamente esto se da, está presente, tanto en las generaciones de más edad, como en las más jóvenes. Con todo, algo debe de suceder para que la institución patriarcal cristiana y eclesiástica, que ha “velado” (léase “vigilado”) continuamente por este grupo, deje de hacerlo en términos generales y realice determinadas acciones contra grupos numerosos, como puede ser la Vida Religiosa de Estados Unidos en estos últimos años. ¿Podríamos ver y aceptar la ironía que supone la concepción de las religiosas como menos mujeres que el resto, y a la vez doblemente mujeres, vuelta en contra del patriarcado mismo? ¿Cómo podríamos entender esta vuelta si no hubiera nada para sostener una fuerza que conduce a medidas extraordinarias contra este colectivo? ¿Qué hace que lo que era reserva y garantía se convierta en modelo indeseable y hasta peligroso? Las religiosas a las que el patriarcado ha tomado como ejemplo “sublimado” de las virtudes “femeninas” son, desde luego, un blanco perfecto para mostrar una de las caras de la misoginia del patriarcado.

Blanco perfecto, sí, dada la previa y nada improvisada selección de dicha “muestra”. Se ha tomado la parte por el todo. Por un proceso de generalización, que no es sitio este para explicar, se ha pasado de lo particular y concreto a lo general y abstracto. Este paso ha dejado su impronta negativa en la percepción general sobre quiénes y cómo somos las religiosas, en el patriarcado exterior, y también en el patriarcado interior de la mayor parte de las mujeres, especialmente las religiosas. ¿Cómo pueden sentirse mujeres, sin traicionar su propia identidad, aquellas que parecen no ejercer de tales según el modelo propuesto y el modelo interiorizado? De una forma muy simple: del mismo modo en que una víctima se transforma en verdugo. O sea, a través de aquello que el psicoanálisis calificó como mecanismo de defensa “de

conversión en el contrario”. Por mecanismos sociales e individuales de compensación, como sucede cuando un emigrante entra en un grupo diferente al propio, o se aísla en guetos con los “suyos”, o introyecta, de forma exagerada y compensatoria, los rasgos del diferente para sentirse no solo uno más, sino un verdadero militante de la identidad asumida. Algo parecido ha sucedido con el grupo de mujeres, las religiosas, que han entrado como tales en un mundo de hombres (el del clero), pero han tenido que vivir en medio de las mujeres, a las que culturalmente han “traicionado”. En unos casos, las instituciones religiosas femeninas, nacidas casi siempre para otras mujeres, se han aislado en sus propios guetos y, en otros, se han vuelto más estereotipadamente femeninas que las mismas mujeres femeninas. Estas estrategias, en los siglos precedentes, no han logrado para ellas la pretensión de ser aceptadas como mujeres del grueso del colectivo normal y cotidiano, ni tampoco les ha dejado participar en el mundo masculino de pleno derecho. No han sido clero ni del clero. Y ya hemos dicho en qué forma son percibidas como mujeres y por las mujeres...

No es casual que las religiosas, salvo esa muestra interesada que propone siempre el patriarcado (eclesial y seglar) sobre lo femenino realzado, hayan invertido los procesos de valoración acerca de su propia identidad cuando han entrado de verdad en la cotidianidad de la gente (incluso en los casos de las monjas y de las religiosas conventuales), asumiendo su propia cotidianidad. Sin mediación, apenas, de la necesaria reflexión teológica (que siempre ha sido pesada y escrita por los hombres de la vida religiosa clerical, o simplemente del clero, para las religiosas), muchas de las mujeres de la Vida Religiosa, no integradas hasta el día de hoy en la “muestra”, han cambiado sus parámetros encontrando vías personales, grupales e incluso institucionales, sumamente interesantes para la teología bajo la categoría de la cotidianidad y, por ello, del rastreo de las huellas divinas inmanentes.

La cotidianidad como categoría teológica

La inmanencia divina implica la cotidianidad. De alguna manera, el día que aceptamos la historia como categoría teológica, aceptamos también la cotidianidad. No obstante, esta última se hizo esperar hasta que las ciencias, la historia misma, la integraron dentro de su metodología y de su hermenéutica. La historia ha servido a la teología, y sirve, como categoría mediante la que podemos explorar, parcial, de través y críticamente, la trascendencia de D*s. Antes de que la adoptaran otras disciplinas, fue (y es todavía) una categoría bíblica. La historia de Israel se entendía como Historia de la Salvación, y esta era manifiestamente una historia de presencia e intervención divinas. Su culminación en la historia de Jesús tardó mucho en integrar elementos implícitos en la encarnación, elementos propios de la vida cotidiana. Durante mucho tiempo la Historia de la Salvación de D*s en Jesús tuvo como modelo la hermenéutica que se aplicaba al Antiguo Testamento. La cotidianidad fue entrando en ella, a medida que las exegetas feministas integraban aspectos y elementos propios de la vida cotidiana, bien sirviéndose de las ciencias extrabíblicas, bien mediante el estudio de los textos.

La cotidianidad forma parte de la teología, sobre todo de la teología feminista y otras teologías contextuales, pero no ha formado parte, que yo sepa, de ninguna Teología de la Vida Religiosa. Aquí, deseo ayudarla a entrar de la mano de la pregunta sobre D*s y de los interrogantes eternos acerca de su Trascendencia e Inmanencia. Ojalá que sea desde dentro, en lugar de ser impuesta desde fuera.

La cotidianidad tiene diferentes dimensiones, dado su carácter profundamente humano. La primera es la *dimensión espacio-temporal*, sin la cual no seríamos capaces de distinguir lo cotidiano/ordinario de lo extraordinario. La realidad cotidiana toma su ritmo del tiempo periodizado desde dentro y desde fuera del ser humano. Es, por ello, localizada y rítmica. La segunda dimensión es la del cuerpo. El espacio y el tiempo solo son posibles en la medida en que existe un cuerpo cuya medida es clave para ambas delimitaciones. Por tanto, la cotidianidad es intrínsecamente *corporal* o, si queremos, *encarnada*. Si dilatamos y ampliamos el radio de lo cotidiano, podremos apresar la tercera dimensión, ya propiamente *histórica*. La cotidianidad, por derivaciones de las dimensiones anteriores, es también *finita* y, por ello, trampolín hacia la Trascendencia. La gran paradoja es que solo en la medida en que la cotidianidad hace patente la finitud (mediante su finitud) permite la profundidad necesaria para que podamos entenderla como categoría teológica o vía privilegiada para el rastreo apasionado de las huellas divinas.

El rastreo de lo divino en la cotidianidad

La cotidianidad se convierte en un buen antídoto para cualquier tendencia pseudopanteísta. Por una parte, al ser propuesta como categoría, adquiere condición transmisora, algo que la diferencia de lo transmitido. Es un medio, un continente, un camino, un vehículo, un cauce, una palabra, un concepto. La palabra no es el concepto, y este no es la realidad. Obiedades, desde luego, que conviene actualizar de vez en cuando en nuestras mentes. La cotidianidad, dicho ya brevemente, es una categoría mediadora. En relación con su objeto, podría asemejarse a la que guardan entre sí el silencio y la palabra, el vacío y la plenitud. Solo en el silencio puede percibirse la palabra y solo en el vacío la plenitud. La cotidianidad es, como el silencio y el vacío, la que hace posible la percepción de la huella de lo divino inmanente.

De entre las dimensiones enumeradas arriba, elijo a modo de ejemplo la dimensión finita (implícita en las demás). Nadie puede decir que no palpe la finitud en su cotidianidad. Desde que se levanta hasta que se acuesta, la realidad le está devolviendo continuamente la finitud. Las limitaciones en su horario, en sus actividades, en sus relaciones, en su espacio vital de la casa y la calle, en el ritmo de sus necesidades y de cuanto registra mentalmente o deja pasar. La finitud se desvela en la animada gráfica de sus propias emociones y reacciones, así como en el recuerdo continuo de la distancia entre el deseo y sus realizaciones. Existe, no obstante, una paradoja, que parece hacer salir a la finitud de su cuadro, esa delimitación que podría encerrar o agobiar al ser humano consciente en un pequeño círculo cerrado que no para

de girar. Esta paradoja es la de su imaginación. Podríamos mencionar sin más a su mente, que, con matices, podríamos llamar espíritu, pero elijo la imaginación como parte de esa mente, porque su potencial infinito solo se entiende a partir de la conciencia de finitud.

La finitud solo es limitadora si deja fuera a la imaginación. La imaginación, que arrastra consigo a la memoria (imágenes y recuerdos), saca a la finitud del cuadro limitador para abrir en ella un profundo agujero, el que hace posible el sentido. La finitud, aliada con la imaginación, permite la hermenéutica, la interpretación. Y, con ellas, la realidad cotidiana puede quedar ensombrecida o iluminada. Con ellas abrimos la posibilidad de un camino por el que perseguir unas huellas intuitivas de divinidad. Tal vez, sobre la superficie, y las más de las veces, bastante por debajo de ella.

Mediante la imaginación podemos llenar de profundidad lo supuestamente banal de cada día. De hecho, es la imaginación la que “anima” la rutina diaria y la que busca el sentido de las cosas, cuando lo “perdemos”, o simplemente cuando estas solo nos devuelven una dimensión plana de lo diario y cotidiano. Entiendo que la fe es una dimensión que se aloja de forma privilegiada en la imaginación. ¿Y no es la fe la que llena de sentido lo habitual, la que descubre la tercera dimensión en aquello que resulta tan plano y ordinario? ¿No es la fe la que concede perspectiva a cualquier realidad, porque no se conforma con una primera dimensión? ¿No es la fe, para las y los creyentes, el desafío constante a eso de lo que no podemos prescindir para vivir y que, con frecuencia, parece desabrido, aburrido y ausente de color?

La Vida Religiosa femenina es percibida a menudo como una vida anodina. Suele ser rítmica, metódica, ordenada. No es un estilo de vida heroico ni siquiera cuando las religiosas o las comunidades se encuentran en ámbitos de resistencia y de trabajo que, desde fuera, pudieran ser calificados como extraordinarios e incluso arriesgados. Piénsese, sin ir más lejos, en comunidades que han elegido luchar contra la injusticia, que se encuentran en situaciones de peligro o de persecución. Piénsese en aquellas que viajaron a otros países y realidades culturales ajenas a la propia, buscando, inconscientemente, aventuras o emociones ligadas a tareas “salvadoras”. La vida, a los pocos meses, se volvió tan normal y cotidiana como cuando estaban en su propio país. Vistas de cerca, en su día a día, ninguna comunidad escapa al ritmo de lo cotidiano y a la persistencia de lo ordinario. Seguramente, cada religiosa se ve empujada todos los días a realizar las mismas cosas, o parecidas, a las del día anterior. Todos los días hay que procurarse comida, hay que asearse, hablar con las personas, orar, realizar el trabajo encomendado, descansar, dormir... Y en eso diario late lo extraordinario. Más todavía: solo en lo ordinario puede habitar lo extraordinario. En la cotidianidad, en el ritmo diario, con sus vaivenes, en el que se desenvuelve la vida, se labra la profundidad y se descubre el sentido. En la primera dimensión se encuentra, frecuentemente oculta, la tercera dimensión. Este descubrimiento del sentido, que es una invitación y un desafío para todo ser humano, es tarea propia transversal del estilo de la Vida Religiosa. La cotidianidad de la vida de las religiosas, cotidianidad de mujeres, es la mediación inmanente de la trascendencia divina. Por ella y de ella viven. Esta vivencia entraña, a

menudo, gran dificultad, dado que la presencia divina no es ni puede ser evidente. Se agradece cuando viene como un regalo-sorpresa: de pronto y sin esperarlo. Se ansía y se desea, las más de las veces, después de una larga y tediosa espera. La cotidianidad es la sombra producida por la luz, como la muerte es, a la postre, efecto del hecho de vivir.